La Novela Cómica

Nº 81



Caricatura de Jacinto Grau

ANGEL TORRES DEL ÁLAMO y ANTONIO ASENJO

LA ROMÁNTICA

10 cénts.

Nuestros próximos números

EXTRACTO DE JUICIOS DE PRENSA

«La aventura del coche» (1)

De EL IMPARCIAL

«Il successo», tal como lo escribió Testoni, es muy posible que no se hubiese podido representar en España. Sin ser una obra francamente licenciosa, tiene crudezas que nuestro público no admite todavía. Crudezas, no obstante, que, aun examinadas bajo un punto de vista puramente artístico, sin concesiones de ningún género a los convencionalismos sociales, lejos de aumentar el valor de la obra más bien lo amenguan.

Así lo comprendieron Tedeschi y Lepina, los siempre acertados arreglado-res. En la obra de Testoni, exagerada a veces para satisfacer los gustos de un público que, influído aún por las licencias del Renacimiento, prefiere, tal vez, a la miel de los madrigales la mostaza de los epigramas, había, sin embargo, una comedia muy delicada y verdaderamente encantadora.

En «La aventura del coche», que así se llama «Il successo», está el asunto de la comedia primitiva con todo su atrevimiento, están las situaciones primordiales con todo su encanto y está todavía el diálogo con la misma o aún más flexibilidad del original e, indudablemente, con más ingenio — Lepina deja ver su sello personalísimo en muchas frases — y está todo. Lo que falta es lo que la propia crítica italiana ha reconocido que sobra.

(1) Véanse las cubiertas de nuestros números anteriores.

LA ROMÁNTICA

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CIRI	Srta. Cándida Suárez.
ANASTASIA	Sra. Nieves González.
TRINI LA MORUCHA	Srta. Laura Blasco.
NICETA	» Pilar Sigler.
GELASIO	Sr. Rafael Alaria.
EL MARQUÉS DE LA LINDE	» Lorenzo Velázquez.
EL BARÓN DEL CASTILLO	» Julio Nadal.
TOMASITO	» Heredia.

ÉPOCA, ACTUAL

AÑO III | Madrid, 17 de marzo de 1918 | Núm. 81

A. TORRES DEL ALAMO y A. ASENJO

La Romántica

APROPÓSITO EN UN ACTO, ORIGINAL, MÚSICA DE RAFAEL CALLEJA, ESTRENADO EN EL TEATRO MARTÍN EL DÍA 6 DE FEBRERO DE 1914 POR LA COMPAÑÍA QUE DIRIGE DON RAFAEL ALARIA

ACTO ÚNICO

La escena representa una sala elegantemente amueblada. Un piano esquinado, con el teclado hacia la pared. El piano estará cubierto con un mantón de Manila, un rico tapiz o algo análogo. Adornan las paredes algunos cuadros, y en la del foro se verá: a la derecha, un escudo grande de armas y un casco con plumas. Haciendo pareja habrá una panoplia cubierta con una cortina de terciopelo o un tapiz con escudo de armas. Esta cortina o tapiz estará colocada de forma que una persona lo pueda descorrer a su debido tiempo, viéndose entonces un garrote y un pincho de consumero cruzados, y encima una gorra, de consumero también. A la derecha de la escena, en primer término, una *chaise-longue* con ricos almohadones. En todo el adorno de la escena y en los muebles se debe advertir una suprema distinción. En lugar apropiado, una palmera, y sobre el piano, dos o tres retratos.

ESCENA PRIMERA

CIRIACA y, a poco, NICETA

(Ciriaca está reclinada con elegante abandono en la *chaise-longue*. Viste un traje de casa con elegancia suma.)

Hablado

CIRIACA.—(*Leyendo en un libro lujosamente encuadernado:*)

«Los invisibles átomos del aire
en derredor palpitan y se inflaman;
el cielo se deshace en rayos de oro,
la tierra se estremece alborozada;
oigo, flotando en olas de armonía,
rumor de besos y batir de alas;
mis párpados se cierran; ¿qué sucede?
Es el amor, que pasa.»

Onomatopéyico. Se ve pasar el amor. ¡Oh, divino Bécquer, quién pudiera tornarte a la vida para arrobarse escuchando tus excelsos cánticos, pletóricos de poesía. (*Sigue leyendo:*)

«Del salón en el ángulo obscuro
veíase el arpa...»

NICETA.—(*Entrando por el foro.*) Perdone la señorita. Estos dos

caballeros desean verla. (*Le entrega dos tarjetas que lleva en una bandeja de plata o cosa que se le parezca.*)

CIRI.—(*Leyendo.*) «El barón del Castillo.» «El marqués de la Linde.» No los conozco. (*A Niçeta.*) Que pasen. (*Mutis de Niceta.*) ¿Qué querrán esos señores. (*Procura arreglarse un poco, mirándose al espejo por si está despeinada.*)

ESCENA II

EL BARON, EL MARQUES y CIRIACA

(*El barón y el marqués van correctamente vestidos de levita y enguantados; perfectamente rasurados y con un monóculo cada uno.*)

EL BARON.—La señorita Ciri... (*Desde la puerta.*)

CIRI.—Adelante, caballeros.

EL MARQUES.—Estamos a los pies de usted.

CIRI.—Háganme la merced de tomar asiento. (*Se sientan en dos sillas y Ciriaca en la* chaise-longue.) Y díganme el objeto de su, para mí, inesperada visita. (*Ambos caballeros se inclinan, saludando al mismo tiempo, cómicamente.*)

EL MAR.—Sabemos que es usted una de las mejores cantantes españolas...

EL BAR.—Exactamente.

EL MAR.—Y que su presentación al público por primera vez ha despertado gran expectación.

EL BAR.—Precisamente.

CIRI.—La castellana galantería tiene en ustedes sus más firmes, a la par que genuinos, paladines. (*Nueva y cómica inclinación de cabeza de ambos personajes.*)

EL MAR.—Pues bien; nosotros somos los organizadores de un festival a beneficio de los pobres de Madrid, que se celebrará en el regio coliseo el lunes próximo.

EL BAR.—Ciertamente.

CIRI.—Y ustedes desean...

EL MAR.—Que las primicias de sus gorgoritos ante el público sean para esa función. ¿Qué dice usted?

CIRI.—Así, de pronto...

EL MAR. — Los pobres de Madrid demandan por nuestro conducto tan hermosa limosna.

EL BAR.—Naturalmente.

CIRI.—Ante tan galante petición no hay sino rendirse; pero antes he de consultar con mis papás.

EL MAR.—¿Y usted cree que se negarán?

CIRI.—De ningún modo. Mi papá, y esto no está bien que yo lo diga, es un correctísimo y perfectísimo caballero, en cuyo pecho anidan siempre los más nobles y puros sentimientos.

EL MAR.—De tal palo, tal astilla, y demando perdón por haberme expresado...

EL BAR.—Vulgarmente.

CIRI.—Yo me dedico al teatro porque el implacable destino lo quiso. Mis padres ven con lágrimas en los ojos esta decisión mía. Ellos, que soñaban para su hija un príncipe. Ellos, que vislumbraban el más sonriente porvenir para mí... (*A medida que va hablando aumenta el tono de tristeza con que debió empezar.*)

EL MAR.—¡Por Dios, señorita, no se aflija!

EL BAR.—Tan amargamente.

CIRI.—¡Ay, perdonen ustedes! Pero cuando veo a mi anciano padre, marchito, mustio por los reveses de la fortuna, enloquezco. El, que es de muy noble estirpe, desempeñaba un cargo de confianza en la corte del rey de Portugal.

EL MAR.—¿Es lusitano papá?

CIRI.—No, es matritense; pero Manolo se lo llevó a su corte porque le quería mucho. Cuando sobrevino el advenimiento de la República, papá estuvo a punto de morir, y desde entonces sufre continuos ataques de neurastenia.

EL MAR.—Es lamentable cuanto usted nos dice...

CIRI.—Un hermano de papá fué ministro de Marina.

EL MAR.—Y aunque sea una indiscreción...

EL BAR.—¿Usted siente verdadera vocación por el arte?

CIRI.—¡Oh! ¡Sí! Yo llevo mi calvario con gusto. La música me enamora, me enajena; en esta casa no oirá usted más que a Beethoven, Mozart, Wagner, Verdi... (*Se oye dentro una voz de mujer que canta desgarradamente.*)

Y ven y ven y ven,
vente, serrano, conmigo,
no será para pegarte,
mi vida, etc.

(*Cara de sorpresa en los visitantes.*)

EL MAR. — (*Al barón, rápidamente.*) Pues esa canción no es muy wagneriana.

EL BAR.—Desgraciadamente.

CIRI.—¡Inoportuna doméstica!

EL MAR. — ¿Y cuándo nos dará su anciano y venerable padre una contestación definitiva?

CIRI.—Vuelvan ustedes luego, si no les causa molestia.

EL MAR. — Tornaremos presto con mucho gusto. (*Se ponen de pie.*)

CIRI.—Sí, porque el pobre papá está delicadísimo; la pícara neurastenia no le deja, y mi angustiada madre no se aparta de él.

ESCENA III

DICHOS y GELASIO

(*Se oye una bofetada dentro.*)

GELASIO.—(*Dentro.*) Es que estás *afilitrompá*. Si te doy otra *upa* en la *jeta* te *derrumbo* las narices. (*La última frase la dirá en la puerta derecha del foro, vuelto de espalda.*)

CIRI.—(*Aparte y aterrada.*) ¡Mi padre! ¡Qué horror!

GEL.—Pero que muy buenas. (*El marqués y el barón, que se volvieron al oir la* convidá, *están estupefactos y no saben qué cara poner.*)

EL MAR.—(*A Ciriaca.*) ¿Quién es este jumento? ¿El mayordomo?

CIRI.—(*Avergonzada.*) ¡Mi papá con el ataque!

EL BAR.—(*Aparte al marqués.*) Has perdido una ocasión de callarte.

GEL.—¿Están ustés *güenos?* Y las familias *rispitivas*.

EL MAR.—Bien, bien; muchas gracias...

EL BAR.—Perfectamente. (*Aparte al marqués.*) Pero ¿es éste el anciano delicado?

CIRI.—(*Completamente volada.*) Papá, papá. Tengo el gusto de presentarte al barón del Castillo y al marqués de la Linde... (*A ellos.*) Mi padre. (*A Gelasio.*) Procura contenerte, por Dios.

GEL.—*Descudia*, que a fino no me gana *naide.*
EL MAR.—Servidor de usted.
EL BAR.—Lo mismo digo.
GEL.—Pues yo tengo un potaje de *satisfación* en conocerles. (*Le da la mano, apretando mucho.*)
EL MAR.—(*Después de darle la mano.*) ¡Qué mano! Es un cuarto de vaca. (*Se separa uno a uno los dedos, como si se los hubiera dejado pegados.*)
EL BAR.—(*Le da un dedo nada más, que Gelasio coge y sacude cómicamente.*)
GEL.—(*Aludiendo al dedo del barón.*) ¡Qué finolis! (*Se queda mirándoles fijamente, y al observar que llevan monóculo, dice hablando consigo mismo.*) ¡Lo que es la moda! Llevan un par de lentes entre los dos. (*Encarándose con el marqués.*) A usté me *paece* que le quiero yo recordar...
CIRI.—(*Aparte.*) Tiemblo, ¡Dios mío!
GEL.—¿No es usté el Sr. Bermúdez?
EL MAR.—No; yo me llamo Iñiguez.
GEL.—Entonces, Bermúdez será su papá de usté.
EL MAR.—(*Aparte.*) Pero ¡qué dice este hotentote!
GEL.—¡Vamos, *asiéntensen!*
CIR.—(*Que está como para morirse.*) Papá; recuerda que se acerca la hora del correo y tienes que despachar tu correspondencia particular; estos caballeros sabrán dispensarte. (*Haciéndole señas suplicantes para que se vaya.*)
EL MAR.—Desde luego... (*Aparte.*) (A ver si se va este elefante.)
EL BAR.—Indiscutiblemente.
GEL.—Hay tiempo *entadía*. ¡Si no tengo que escribir más que a tu tío el que está de cargador en el muelle de Barcelona!
EL MAR.—(*Al barón.*) Este debe ser el tío ex ministro de Marina. (*Gelasio se levanta y empieza a buscar algo. Ciri aprovecha este momento para decir a los caballeros:*)
CIRI.—No le hagan ustedes caso. La neurastenia no le deja vivir.
EL MAR.—Ya nos hemos percatado: está neurasténico.
EL BAR.—Brutalmente.
GEL.—Oye, Ciriaca.
EL MAR.—(*Aparte al barón.*) El Ciri de la niña ocultaba un aca.
CIRI.—(*Viendo que su padre mira por todos lados.*) ¿Qué quieres?
GEL.—¿Has cogío mi petaca?
EL MAR.—¿Fumará la niña?
CIRI.—(*Mirando también.*) ¡Qué cosas dices!
EL MAR.—(*Sacando una bonita pitillera.*) Tome un cigarrillo. Son de hebra.
GEL.—Saben a paja. ¿Verdá usté?
EL MAR.—No sé; no la he comido nunca.
CIRI.—Aquí tienes la pitillera, papá. (*Le da una petaca ordinaria que coge de encima del piano.*)
GEL.—*¿S'apetece* un cigarrillo de éstos? Hay que hacerlos; es de diez y ocho *mezclao* con *ucalitus*, que no daña el pecho.
EL MAR.—(*Aparte.*) Este zopenco nos quiere envenenar. (*A él.*) Muchas gracias.
GEL.—(*Haciendo un cigarrillo.*) ¿Y cómo tanto bueno por esta su casa? (*Sentándose al lado de su hija.*)
CIRI.—Han venido para que cante en el Real a beneficio de los pobres.

GEL.—¡Ya lo creo; con *muchismo* gusto! *¡Pa* los pobres! ¡Pues no faltaba más! Como si *quién* ustés que vaya *menda pa* echar una mano; porque la *custión* de la carpintería la entiendo *mu* requetebién.

EL BAR.—¡Oh, no se moleste inútilmente!

EL MAR.—*(Al barón.)* Pero ¿qué habrá sido este bárbaro?

CIRI.—*(Al barón y al marqués.)* Cuando le da el ataque fuerte es temible. ¡Dichosa neurastenia!

EL MAR.—(*Al barón.*) Pues el ataque de hoy ha sido a la bayoneta. Debe usted estar orgulloso con su hija. Es una escultura de Fidias o Praxiteles.

GEL.—En eso ha salido a su madre. *(Aparte.)* Por si acaso.

EL MAR.—Y de su talento artístico se hacen lenguas.

GEL.—Ha hecho usted la *apoplejia* de la chica. En eso ha salido a mí.

CIRI.—Agradecidísimo. Es favor.

GEL.—Es justicia, porque yo me he partío la tabla del pecho *pa* darla una educación *esmerá.*

EL MAR.—*(Aparte.)* Pero ¿dónde estará la aristocracia de este hombre?

EL BAR.—Hay gran interés por oír a su hija de usted.

GEL.—Ya verán ustés la *espetoración* que producirá cuando debute.

EL MAR.—Pues nosotros, contando con el beneplácito de usted...

GEL.—¿Con qué?

EL MAR.—El beneplácito.

GEL.—¡Ah, ya! (*Aparte.*) ¡Qué será eso!

EL MAR.—Nos ausentamos. (*Se ponen de pie el barón y el marqués.*) Y usted, señorita, nos hará el favor de decirnos qué va a cantar, para anunciarlo.

CIRI.—Debo hablar antes con mi profesor de música, que será, además, el que me acompañe al piano. No tardará en venir.

GEL.—Aguarden *ustés* un poco, si quieren. Tomaremos unas gaseosas y jugaremos un mus.

EL MAR.—Un millón de gracias; pero volveremos luego.

CIRI.—(*Aterrada.*) De ningún modo. Yo les escribiré a ustedes esta misma noche, dándoles la nota detallada de todo.

EL MAR.—Pues quedamos agradecidísimos a sus mercedes. Pónganos a los pies de su señora madre.

EL BAR.—Lo mismo digo.

CIRI.—Dispénsela que no haya salido; pero ¡la pobre está tan delicada! *(Haciendo señas a su padre para que no meta la pata.)*

GEL.—La tenemos en el *catre, vitima* de un *paralis.*

ESCENA IV

DICHOS y la ANASTASIA, más fresca que una lechuga, con el mandil *remangao*, el soplillo en una mano y una copa con un líquido en la otra.

ANASTASIA.—(*Entrando por la derecha.*) ¡Tú!! ¡Modrego! A ver si vas a soplar un poco la hornilla, que la chica está *ocupá.*

CIRI.—Dios mio (*A su padre.*), no digas que es mamá.

EL MAR.—(*Al barón.*) ¡Otra fiera corrupia!

EL BAR.—Debe ser la angustiada madre.

GEL.—(*Al barón y al marqués.*) Es la cocinera, que está un poco *guillá*... ¡Pero hace un bacalao a la vizcaína que se chupa usté los *dátiles!*... (*Alto.*) Han *tomao ustés posición* de su casa.

CIRI.—Y yo me he visto honradísima con su visita.

EL MAR. — *(Deseando marchar.)* Los honrados somos nosotros. Adiós. A los pies de usted.

EL BAR.—Lo mismo digo. Los honrados somos nosotros. *(Mutis por el foro.)*

(Pequeña pausa mientras se van, acompañados de Ciri, que vuelve al punto.)

ANAS.—Pero ¿es que los demás no *semos* honrados? ¿*Semos* unos ladrones, tíos *lipendis?*

CIRI.—Calla, mamá, calla, que eres la quintaesencia de la inoportunidad. ¡Qué disgusto, Dios mío! ¡Qué disgusto! ¡Qué habrán pensado esos dignísimos caballeros!

ANAS.—Pero ¿es que esos *menflis* nos van a dar alguna renta?

CIRI.—No; pero con tu ordinariez me vas a cortar mi carrera artística.

GEL.—*Tié* razón la chica, que la rezuma por *too* el cuerpo. *Miá* que eres ordinaria. Contémplate en este espejo. Lo menos media hora he *estao* de *vesita* con esos caballeros, y tan *encantaos,* creyendo que yo era uno como ellos.

CIRI.—No desbarres, papá, no desbarres, que cuando te quieres poner fino, la yerras.

ANAS.—Y ¿qué tripa se les había roto a esos *tirillas?*

CIRI.—Esos *tirillas*, como tú les llamas, son dos títulos de Castilla que venian a solicitar mi concurso para una función benéfica.

ANAS.—Pamplinas, y *na* más que pamplinas.

CIRI.—No lograrás civilizarte nunca.

ANAS.—Pero, *so engullipá*, ¿tú te has creído que eres hija de Guzmán el Bueno y los Amantes de Teruel, y no te *alcuerdas* de que tu padre ha sido consumero y tu madre lavandera?

CIRI.—No entenebrezcas mi árida existencia con la negrura de recuerdos tristes.

ANAS.—Bueno, basta de romances y a tomarse la Kola, *(Dándole la copa que trajo.)* que te estás quedando como un limpiatubos.

CIRI.—*(Toma la medicina haciendo visajes.)* Si supierais el sacrificio que supone ingerir este potingue.

GEL.—Algo mejor te sentarían unas inyecciones de cocido.

ANAS.—Bueno; ¿qué vas a cenar esta noche?

CIRI.—Nada; ya sabes que el alimento me repugna.

GEL.—*(Cantando.)*

Anda y no cenes,
verás por la mañana
qué cara tienes.

ANAS.—¡Rediez! Cuántos remilgos *pa* la hija de un consumero.

GEL.—Oye, a ver si *retificas pa* siempre, que yo soy un empleado que fué de Consumos, retirado, y muy bien, a Dios gracias.

ANAS.—Sí, y a que diste el salto a matutero. *Tamién* tú te has *contagiao* de la monomanía de grandezas que tiene la niña; y parte de la culpa es de ese *esmirriao* de novio, que el mejor día lo *apabullo.*

CIRI.—Repara, mamá, que maltratas a un músico que está llamado a ser un genio.

ANAS.—El estará llamado a ser *too* lo que quieras, pero *güenos* cuartos que se lleva.

CIRI.—El pago de sus honorarios como profesor.

ANAS.—Vaya, me voy a la cocina, porque, si no, me ciego y hago un estropicio. *(Hace mutis por la derecha diciendo:)* Nos ha *averiao* la niña con sus *cursilás.*

ESCENA V

GELASIO y CIRIACA

CIRIACA.—Gracias a Dios que su loca charla dejó de herir mi delicado tímpano.

GEL.—(*Aparte.*) ¿Qué habrá querido decir mi hija?, *Miá* que sabe cosas!

CIRI.—Papá: yo voy ahora a repasar la canción de «La adelfa abandonada», que será seguramente la que elija Tomás para que la cante.

GEL.—¿Cuála? ¿Esa de los *gregoritos?*

CIRI.—Gorgoritos, papá.

GEL.—Es igual. Pero a mí, la *verdá*, me gustaría más que cantaras «La pulga» *u cualisquier* bicho por el estilo.

CIRI.—Pero, papá, ¿en una función del Real?

GEL.—¿No es *pa* los *pobres*, que es una cosa triste? *Pus* lo mejor es cantar algo alegre.

CIRI.—Tú no entiendes de eso.

GEL.—¿Que no entiendo yo? Escucha.

Música

GEL. Una cosa flamenca y olé
resulta lo mejor.

CIRI. No, señor; no, señor;
ya sabes que esos cantos
diórenme siempre horror.

GEL. El «balancé, balancé,»
es canción que descacharra.

CIRI. Nunca el cuplé ha sido mi ilusión;
en cambio, *Tosca* me llega al corazón.

GEL. Cántate, cántate, cántate,
cántate, cántate *La Segadora*
y le quitarás el tipo
a la Olimpia y a la Goya.

CIRI. Verdi, Wagner y Mozart
son los que me hacen gozar;
me emociona Mendelssohn
y un poco Bretón.

GEL. Pues son preferiblos
Quinito y Foglietti,
Vives, Serrano,
Luna y Giménez,
don Tomás Barrera y Vicente Lleó,
porque a todos ellos les aplaudo yo.

CIRI. ¡Ah!
Yo desfallezco cuando oigo *Dinorah*,
porque tiene un vals que es ideal,
y es melancólico, y dulce y lánguido
y es, además, sentimental.

GEL. Pero yo, en cambio,
de risa me tronchaba
cuando la Cohen
la pulga se buscaba.

CIRI. Cantar con mucho amor *Cavallería*
es un deseo más del alma mía.

GEL. No hay en *too* er mundo.

cosa más fina
que un tío que se cante
las *granaínas*.

CIRI. Toda esa música
resulta exótica;
sólo a los clásicos admiro yo.

GEL. Ladrón, ladrón (*con entusiasmo*),
es lo que me deshilvana.

CIRI. No es, no es
esa música liviana
por la que muestro interés.

(*Procúrese mover el número para que resulte animado. Gelasio accionará su parte procurando caricaturizar a las cupletistas que cantan las canciones que él defiende. Ciriaca debe cantar como si estuviera en el teatro Real.*)

Hablado

GEL.—Mira, hija, la verdad: yo estoy conforme contigo en que vivamos a lo grande, en que nos afinemos; pero en esto de la música, no.

CIRI.—Pero ¿no le has oído decir a Tomasín, a mi prometido, que es un músico formidable, que esas canciones que a ti te entusiasman son una cosa despreciable?

GEL.—Será verdad; pero *ande* estén unas *jaberas*, pongo por cántico, que se quite *too*.

ESCENA VI

DICHOS y NICETA; en seguida TOMAS

NIC.—(*Por el foro.*) El señorito Tomás.

CIRI.—Que penetre al punto. (*Mutis de Niceta.*) (*A Gelasio.*) Papá, te suplico que hables lo menos posible, porque cuando te pones fino eres temible.

GEL.—Pero si Tomás es, como quien dice, ya de la familia.

CIRI.—No importa, porque de seguro se mofará de ti interiormente.

GEL.—Pues como me entere, le pelo al cero sin cloroformo.

TOMAS.—(*Por el foro.*) Buenas tardes tengan ustedes.

GEL.—Hola, señor de profesor.

CIRI.—Hola, Tomasín. Estaba deseando que llegaras.

TOM.—¿Qué ocurre?

GEL.—Yo lo *explicotearé*.

CIRI.—Te demando silencio. Han venido dos señores muy distinguidos a suplicarme trabaje en una función benéfica.

TOM.—¿En el Real, el lunes?

CIRI.—Exacto. Y yo les he dicho que sí; pero que deseaba hablar antes contigo para ponernos de acuerdo sobre la canción que he de cantar.

TOM.—Para una cosa así, «La adelfa abandonada» viene como anillo al dedo.

CIRI.—¿Lo ves, papá? La que yo dije. Entonces, le daremos un repaso, si te parece.

TOM.—Tú ordenas.

CIRI.—¿Te vas a quedar, papá?

GEL.—Hombre, sí, porque si me coge tu madre por ahí fuera, a lo mejor se le ocurre que le ayude a pelar patatas.

CIRI.—*(Al oír las últimas palabras, tose como para evitar que se entere Tomás.)* Bueno, papá, bueno, cállate, que vamos a empezar. *(A Tomás, que estará ya sentado al piano.)* Cuando quieras.

Música

CIRI.

Filis, la pastora
bella como un astro,
con cara de aurora,
cutis de alabastro,
labios carmesíes
y mirada inquieta,
como las huríes
que tiene el Profeta.
A un pastor humilde adora
con amor puro y honrado,
y él, que adora a su pastora,
no se aparta de su lado.
Pero, Filis, cierto día,
se apagó como una llama,
y en su choza triste y fría
el pastor, llorando, exclama:
Murió mi pastora,
bella como un astro, etc.

Hablado

TOM.—¿Qué le ha parecido a usted?

GEL.—Como bien *cantao,* sí que está. Pero ponga usté el *balancé* con esa voz; y es *pa* comérsela.

TOM.—¡Ah! Pero ¿usted cree que Ciri no canta también canciones de ese estilo?

GEL.—Ella ha dicho que no.

TOM.—Tu padre ignora entonces el cuplé ese que te he enseñado a ratos perdidos.

CIRI.—Sí, porque como ha sido una cosa de broma...

GEL.—¿Pero tú cantas un *cuplete* y yo no me he *enterao?*

CIRI.—*(Con desprecio.)* Es una canción soporífera y machacona.

GEL.—*Pus* yo no me quedo sin oirla. Arrea.

TOM.—Ahora cantará; pero quiero que sepan ustedes antes que tengo una alegría enorme.

CIRI.—¿Por qué, ensueño mío?

GEL.—*¡Miá* que llamarle ensueño con ese levitín!

TOM.—¡Porque he resuelto el problema de mi vida! ¡Voy a estrenar!

GEL.—¿En el cine de Lavapiés?

TOM.—(*Con desprecio.*) ¡En un cine! En el Circo de Price, para quitarle la cabeza a Usandizaga, y, además, voy a oposicionar la plaza de director de la Banda de Alabarderos. Ya verás, Ciri de mis anhelos, qué guapo estaré con el uniforme y el espadín y el tricornio...

GEL.—Pero le va a faltar a usted la mosca.

TOM.—¿Por qué?

GEL.—Porque *toos* los alabarderos llevan bigote y mosca.

CIRI.—¡Ay, Tomasín! ¡Con mosca, te repudiaré!

TOM.—No digas estulteces, por Dios. Pero dejemos esto ahora y vamos a darle gusto a papá. Anda, cántale el cuplé del minino enamorado.

CIRI.—No me tortures, por favor.

TOM.—Hazlo una vez, tontísima.
CIRI.—Por no contrariarte, vamos al sacrificio.
TOM.— *(Yendo al piano.)* Preste usted atención.
GEL.—Venga de ahí.

Música

CIRI.
Un morronguito ne-
de una preciosa ga-
lo mismo que un cade-
estaba enamora-
y el pobre morrongui-
maullando pasa el dí-
porque el minino triste.
vivir no puede sin su mini-
Miau, miau, miau, miau,
no abandones este amor,
porque necesita
una morronguita.

GEL.
Miau, miau, miau, miau,
tú te has *figurao*
que yo soy la gata,
pero te has *colao.*

CIRI.
Al verla cierto dí-
se le hizo el rabo un nu-
le habló de su cari-
y ella sacó las u-
huyó la morrongui-
y entonces el gati-
maulló con desconsuelo
al ver que estaba sin su mini-
Miau, etc.

(*Durante la introducción del cuplé y el estribillo, pongan unas evoluciones lo más parecidas a las que harían unos gatos. Gelasio intercalará, cuando lo crea oportuno, algún maullido*).

Hablado

TOM.—¿Eh? ¿Qué le decía yo a usted?

GEL.—Que eso está pero que la mar de bien, y que en la fiesta de los pobres cantarás esa canción.

CIRI.—Bueno, papá, ya veré yo lo que me dicta el corazón. (*A Tomás.*) ¿Me has terminado la oda que me prometiste?

TOM.—No tuve tiempo.

CIRI.—Pues yo quiero que la acabes hoy. Vamos al despacho de papá. Me sentaré frente a ti y seré la musa que te inspire.

TOM.—Vamos. (*Ciriaca se dirige hacia la derecha seguida de Tomás, que saca un pliego de papel de barba y empieza a leer en él, mientras hace mutis.*) Esta oda me vale una flor natural. (*Leyendo con tono enfático:*)

La noche es verde; todo reposa;
el gallo dice kikirikí;
la luna brilla como una rosa,
y yo agonizo pensando en ti,
¡oh, diosa!

GEL.—¡*Amos,* que tanta *podesía pa* acabar llamando *odiosa* a la chi-

ca!... Si le hago yo unos versos así a la Anastasia cuando éramos novios, se suicida mordiéndose la yugular.

ESCENA VII

GELASIO, NICETA, EL MARQUÉS y EL BARÓN

NICETA.—(*Entrando.*) Los caballeros de antes, que preguntan si pueden pasar. (*Gelasio aparta a la muchacha de un brutal empellón y se dirige al foro. Niceta hace mutis después de entrar el marqués y el barón.*)

GEL.—No era menester que hubieran *preguntao;* conque ya lo saben *pa* otra vez; *ustés* entran hasta la alcoba.

EL MAR.—Tantas gracias. (*Con el sombrero en la mano.*)

EL BAR.—(*Con el sombrero en la mano.*) Agradecidísimo.

GEL.—(*Aludiendo al sombrero.*) Pónganse *ustés* el *tubo.*

EL MAR.—Es comodidad, hace mucho calor.

GEL.—(*Cogiéndoles los sombreros, ante el asombro del marqués y del barón.*) Pues más cómodos estarán *ustés* sin ellos. (*Los pone, uno metido en las hojas de la palmera, y el otro encima, copa con copa.*)

EL MAR.—Hemos aprovechado la circunstancia de pasar por aquí para saber si había venido el profesor de su hija.

GEL.—*Ensíllense,* que ahora saldrá. (*Se sientan.*) Pues he tenido un terremoto de alegría de que vengan *ustés* sin estar mi hija delante, porque en cuanto que me mira me *atarugo* y hago el ridículo.

EL MAR.—Ya nos advirtió la niña que padecía usted de neurastenia.

EL BAR.—Exactamente.

GEL.—No la hagan *ustés* caso. Yo no he *estao* malo más que una vez que me atizaron un garrotazo en la cabeza, pero se rompió el garrote. (*Metiéndoles la cabeza por la cara.*) Esta calva es de entonces.

EL MAR.—¿Y cuándo debutará su hija de usted?

EL BAR.—Digo lo mismo. ¿Cuándo debutará?

GEL.—Nunca. Es una infundiosa; no se puede atar un chavo de cominos con ella. *Pa* fines de mes se casará con un señorito como ustedes, que da conciertos de piano de cola en el café del Vapor.

EL MAR.—(*Con retintín.*) ¿Los casará usted por lo civil?

GEL.—Y por lo *canónigo. Na* menos que el obispo de Andorra es el que los va a echar el yugo.

EL MAR.—¿Cómo ha conseguido usted que los bendiga su eminencia?

GEL.—Aflojando cien *machacantes;* y además vendrá en los papeles. (*Saca una tarifa de anuncios. Lee:*) Cuarta plana, cincuenta céntimos; tercera, una cincuenta; «Ecos de la buena sociedad», tres pesetas.

EL MAR.—¿Y saldrá en cuarta plana?

GEL.—No, señor; en la «Buena sociedad», que es lo más caro. ¡Tres *melvas* la línea!

EL MAR.—(*Al barón.*) Yo creo que van a salir en los «Sucesos». (*A él.*) Pues su niña nos dió a entender que estaban ustedes en muy mala situación por desgraciados y veleidosos juegos de la Fortuna.

GEL.—Tengo más de dos kilos de billetes de a cuatro mil reales, y soy el mayor accionista de la fábrica de lamparillas de la calle de la Comadre; conque ustedes verán.

EL MAR.—Pues y ese escudo, ¿no era de sus antepasados de usted? Eso nos dijo la niña.

GEL.—Lilailas de la Ciriaca. Le *compremos* en el Rastro *pa* que hiciera *pendentif* con mi escudo de armas (*Levantándose.*), que es éste

(*Descorre la cortina.*); ahora, que lo tiene *tapao* mi hija y no quiero disgustarla.

EL BAR.—(*Al marqués.*) Este hombre es un caso tipo.

GEL.—(*Viendo que hablan bajo.*) Recaditos a la oreja son de vieja. (*Riendo.*)

BAR. y MAR.—*(Aparte.)* ¡Qué bárbaro!

ESCENA VIII

DICHOS, NICETA y, a poco, TRINI LA MORUCHA

NICETA.—Señor, una joven pregunta por usted.

GEL.—Echala *p'acá.* (*A los señoritos.*) Será alguna amiga de mi hija.

EL MAR.—Ojalá. *(Aparte.)* Este padre es el alcaloide de la grosería.

TRINI.—(*Entrando un poco desmelenada y con una niña de pecho en los brazos. Mira detenidamente a los tres personajes que hay en escena.*) ¿Quién de *ustés* tres es don Gimnasio?

GEL.—Gelasio.

TRINI.—Perdone, que habrá *sío* un *lapizlazulí.*

GEL.—Se dice *Non plus ultra.*

EL MAR.—¡Qué salvaje!

EL BAR.—¡Exactamente! ¡Qué salvaje!

GEL.—Bueno, ¿quiere usté decir sin monsergas a lo que viene?

TRINI.—Pues vengo a desengañar a la señorita Ciriaca, a su hija de usted. *(Cara de asombro en Gelasio.)*

GEL.—¿De qué *tié* usté que desengañar a mi hija? Hable usté.

TRINI.—Tengo que decirla que su futuro *espeso,* Tomasito, el *campanini* que la da lección, es mi marido hace tres años.

GEL.—Pero ¿se han *casao ustés* por la Iglesia, o por la Dirección de *arbolaos?*

TRINI.—Por la iglesia, que es por donde ha *pasao* esta criatura (*Le enseña el niño que lleva en los brazos.*) y el niño que he *dejao* en casa, que tiene *deciocho* meses.

GEL.—(*A los señoritos.*) Pero *¿ustés* oyen...?

EL MAR.—Sí que es un contratiempo.

GEL.—¡Ya lo creo que es un pasatiempo! ¡Como yo no sé cómo no me ha *dao* una *combustión celebral* que me he caído al suelo igual que una rana!

EL MAR.—(*Al barón.*) Yo creo que nos debíamos ir a la calle; el barómetro marca bofetadas.

EL BAR.—En seguida, marqués.

GEL.—Pero, usté ¿cómo se ha *enterao* que su marido le hace el amor a mi hija?

TRINI.—¡So lila! ¡Si yo lo sé hace más de un año!

GEL.—¡Azúcar! (*Cara de asombro en los señoritos.*)

TRINI.—Pero como mi Tomás es *mu* cobista, pues me tenía *convencia* de que me callara *pa* sacarles a *ustés* más dinero.

GEL.—¡Azuqueca!

TRINI. — Nos tenemos reído un porción a cuenta de Ciriaca; mi Tomás la llama *quiromántica.*

GEL.—¡Azofaifa!

TRINI.—¡Si viera usté los duros que le tiene *daos* la Ciriaca a Tomás y un *alcordeón* de dos *teclaos!*

GEL.—¡Y yo que he *despedío* a *patás* a una criada por creer que *me se* había *llevao* el *alcordeón!* (*A los señoritos.*) Van *ustés* a ver lo que hace un padre.

EL MAR.—(*Sujetándole.*) No se sofoque, tenga calma.

TRINI. — Oiga, oiga el final: ayer le *entrampillé* a mi Tomás una carta de Ciri, en la que se habla del casorio, y yo, *pa* evitar la *bígamia,* me dije, digo, pues voy a divorciarlos antes de que los unzan.

EL MAR.—(*A Gelasio.*) Yo creo que la debe usted echar con política y evitará usted un disgusto a su hija.

GEL.—Es una idea.

TRINI.—(*Cogiendo un retrato que hay encima del piano.*) Pero *miá* que mi Tomás es de *alivio:* ¡pues no se ha traído de casa esta fototipia! *(Mira el retrato.)* Es de cuando salió de panderetólogo en «La Efectiva del Comercio». *(A Gelasio.)* ¿Me quiere usted leer esa dedicatoria?

GEL.—¡No puedo!

TRINI.—¿Es *sicalítica?*

GEL.—Es que lo manuscrito con pluma me cuesta trabajo.

TRINI. — Vamos, que le pasa a usté lo que a mí: que no sabe hacer una *o* ni con un vaso. *(Al marqués.)* Caballero, ¿sabe usted leer?

EL BAR.—Naturalmente.

TRINI. — (*Al marqués.*) ¿Quiere usted decirme si pone ahí *(Con acento cómicamente dramático.)* «o tuya o del sarcófago».

EL MAR.—*(Después de leer.)* Eso es lo que pone.

TRINI. — (*Dando el retrato a Gelasio.*) Guárdele como recuerdo, porque con esa dedicatoria tengo tres o cuatro.

GEL.—Pues bien, señora...

TRINI.—Trini, *La Morucha.*

GEL. — Pues, señora *Morucha (Empujándola.)*, comprenderá usté que estoy en un *membrete;* yo convenceré a mi hija, y tan agradecidísimo.

TRINI.—No *arrempuje* y llame a la niña, que no me voy sin verla.

GEL.—Considere usté que la *pué* dar un arrechucho.

TRINI.—Que tome *antiespasmódica con seltz.*

GEL. — *(A los señoritos.)* Si la doy un guantazo se tiene que bañar en árnica.

EL MAR.—Procure usted, don Gelasio, arreglarlo de viva voz, sin la intervención de sus manos, llamémoslas así.

EL BAR.—Me adhiero igualmente.

TRINI.—¿Qué me va usted a pegar? (*Llora el niño.)* No llores, hija, que tu madre *tié* diez dedos en *ca* mano.

GEL.—Respetando a esa criatura no la he *atizao* a usted un azotazo que... (*Trini deja la niña en una silla, y, poniéndose en jarras, se encara con Gelasio.*)

TRINI.—Me pegaba usted, y un *tordo;* llame, llame usté a la niña. (*Gritando.*) Ciraquita, que se queda usté sin novio. (*Gelasio se dirige a ella para impedir que chille; los señoritos se dirigen a Gelasio para evitar que pegue a Trini, y ésta recorre la escena tirando cachivaches al suelo.*)

GEL.—¡Vaya! Ha *nacio* de nuevo el consumero. (*Descorre la cortina, y del escudo coge el garrote de consumero, y con él quiere apalear a Trini.*)

TRINI.—*(Chillando y corriendo.)* Vecinos: que mi marido es el novio de la *quiromántica.*

EL MAR.—(*Procurando, ayudado del barón, sujetar a Gelasio.*) Don Gelasio, por Dios, abandone usted el palásan.

EL BAR.—(*A Gelasio.*) Indudablemente, sería preferible que no empuñara usted el bastón.

ESCENA IX

(*Entran precipitadamente Anastasia, Niceta, Ciriaca y Tomasito, éste con el papel de la oda en las manos.*)

ANASTASIA.—Pero ¿qué escándalo es éste? Pero ¿quién es esta *esmelená?*

GEL.—La mujer del novio de la niña, de Tomasito. (*En este momento está Gelasio sujeto por el marqués y el barón, y Trini en la puerta, impidiendo, amenazadora, que salga nadie.*)

TRINI.—Tomasito, el padre de mis hijos, que no quiero yo que se case con esa *esmirriá* de niña que le unta éter a las *mediastostás.*

ANAS.—¿Ha dicho *ésmirriá?* ¡Dios la perdone! (*Se dirige a ella como para comérsela; en este momento sale Tomasito, a quien se le caen los papeles de las manos, y al intentar correr se ve sujeto por Trini, que se resguarda tras él, y todos los golpes, como es natural, se los dan en la cara a Tomasito; la que más le pega es Trini.*)

GEL.—Suelten *ustés*, si no quieren cobrar también. (*Los señoritos le sueltan inmediatamente, y en seguida acuden a Ciriaca, que la da un accidente.*)

CIRI.—¡Tenía mujer y yo lo ignoraba!; papá, que pierdo la cabeza. (*Se lleva las manos a la cabeza y se desmaya en brazos de los señoritos, que, azorados, no saben qué hacer.*)

GEL.—El que pierde la cabeza es Tomasito. (*A éste.*) Ahí *tié* usté a su hijo.

TOM.—(*Huyendo.*) Ese niño no es mío.

TRINI.—¡Que te pones en ridículo! (*Tomasito gana la puerta, y tras él, arreándole candela, Trini, y a ésta le atiza leña Gelasio.*)

EL MAR.—Nos hemos metido en el barrio de las Injurias.

EL BAR.—Efectivamente, en las Injurias. (*Se acerca Anastasia, y con ayuda de los señoritos y de la criada, pone a Ciriaca en una butaca.*)

ANAS.—Ciri, rica, vuelve en ti, vuelve...

EL MAR.—Señora; a usted, que no es de la familia y que supongo que será usted una víctima, la rogamos que le diga a la niña que prescindimos de su concurso.

ANAS.—Pero ¿qué dicen *ustés?*

EL MAR.—Decía que, como usted es la cocinera, no tendrá...

ANAS.—(*Cortándole la palabra.*) Pero ¡yo qué voy a ser la cocinera!

EL MAR.—La asistenta, ¿qué más da?

EL BAR.—Justamente. ¿Qué más da?

ANAS.—*Ustés* son unos *sílfidos* que no *tién* derecho a insultarme. Yo soy la madre de Ciriaca.

EL MAR.—Pero ¿la niña es hija de usted?

ANAS.—De *ligítimo* matrimonio. (*Metiéndoles los puños en la cara.*) Pero, *ustés*, ¿de dónde han *sacao* que yo soy asistenta?

GEL.—(*Entra con el garrote partido en dos pedazoz.*) ¡Menudo leñazo! Si en vez de dar en la baranda de la escalera le doy en la cabeza, lo *escachapo.*

EL MAR.—(*A Anastasia.*) Este caballero fué el que nos equivocó diciéndonos que era usted la asistenta.

ANAS.—(*Queriéndole pegar a su marido.*) Pero, bragazas, ¿te da vergüenza decir que soy tu mujer? (*Pegándole.*)

GEL.—(*Reparando que la niña tiene un síncope.*) Deja los juegos *floreales*, mujer, que la Ciriaca está *asincopá*. (*A Ciriaca.*) Hija, *regüélvete* en ti. (*Gelasio sopla a su hija en la cara; Anastasia la hace*

aire con el delantal, y la criada, de rodillas, simula que la tira con mucha fuerza del dedo corazón.)

EL MAR.—*(Al barón, confidencialmente y cogiendo los sombreros.)* ¿Le parece a usted que aprovechemos esta clarita para huir?

EL BAR.—Naturalmente.

EL MAR.—No haga ruido, por Dios, que es milagroso haber escapado con vida.

EL BAR.—Ciertamente; escapamos milagrosamente. *(Mutis cómicamente, de puntillas.)*

ANAS.—Rica, despierta; Gelasio, creo que vuelve.

GEL.—¿Por dónde?, que lo lisio.

CIRI.—*(Volviendo en sí.)* ¿Dónde estoy? *(Llevándose las manos a la cabeza como si fuera a ser víctima de otro accidente.)*

GEL.—¡En el limbo! *¡So pasmá!* Ven aquí, chica, que te afloje el corsé. *(Va hacia ella.)*

ANAS.—Pero, bruto, delante de gente...

(Gelasio vuelve la cabeza buscando a los señoritos, y no los encuetra.)

GEL.—¡Anda, mi madre! Pero, ¿y los *aristrócratas?*

ANAS.—Han *agüecao* por si les *chafábamos* las *chisterolas.*

(Llora el niño.)

CIRI.—¿Quién llora, mamá?

GEL.—*(Cogiendo la criatura.)* *¡Miá* que olvidársele el crío!; pues ni que fuera un paraguas.

ANAS.—*(Coge el chico en brazos.)* Ay, Ciriaca, es una niña; tiene dos sedas en las orejas.

CIRI.—Déjamela, mamá. *(Con la criatura en brazos.)* Qué bonita; parece un bebé de biscuit. Reina, no llores tú, encanto de la casa. *(La besa efusivamente.)* Princesa. ¿Quiéres tú a la madre? Te voy a comer a besos.

ANAS.—Ya era hora de que hablases como las mujeres.

GEL.—El *desgusto* y esa criatura han *sío* el mejor remedio *pa* tu *romantiquismo.*

ANAS.—Y eso que aún no sabes lo que vale el cariño de un hijo.

CIRI.—No lo sé; pero me he convencido de que en esta vida cada uno debe ocupar su puesto.

GEL. ¡Olé!

ANAS. Estás en lo cierto.
Así te quería ver.

CIRI. La romántica se ha muerto
y ha nacido una mujer.

TELON

OBSERVACIONES IMPORTANTES

El señor Gelasio es un consumero retirado que dice las mayores atrocidades creyendo que habla mejor que un académico. Vestirá con pantalón de talle, botas de color, tirantes y en mangas de camisa. Debe procurar el actor que la camisa sea de un color tan chillón que haga *de reir*. En la cara *ostentará* un bigote tan negro como espeso, y en un carrillo, un hermoso lunar.

Ciriaca es una niña cursi, que viste con elegancia, habla con afectación y se azora en cuanto ve a su padre.

Anastasia vestirá falda de color, chambra blanca y delantal. Ha sido lavandera, y a pesar de tener dinero, continúa tan ordinaria como antes.

Tomasito viste de chaquèt, chaleco de fantasía, y lleva en la cabeza media melena. Es un sirvergüenza que se hace el tonto y se mete en casa.

El marqués y el barón, son dos señoritos un poco cursis, pero sin exagerar demasiado los tipos. Visten con mucha elegancia.

Trini, La Morucha, es una muchacha muy resuelta, viste de claro, con mantón alfombrado, y habla con excesivo desparpajo y en tono achulapado.



Imprenta Moderna. — Doctor Fourquèt, 23. — Teléfono M. 14-51.

Prueba de ello, la facilidad con que el público del teatro Cervantes entró en la comedia, la complacencia con que asistió a su desarrollo y el entusiasmo con que aplaudió al autor y a los traductores. Ignorando que asistía no verdaderamente a una traducción, sino más bien al arreglo, y a un arreglo difícil, de una comedia excesivamente desenvuelta, nada echó de menos.

....

De EL DÍA

«¿Hermosa?»... No creo que sea este el adjetivo más adecuado a la comedia estrenada anoche en Cervantes. Ni creo tampoco que el italiano Testoni la escribiera con el propósito de conseguir esta clasificación.

«Il successo» no es precisamente una comedia hermosa; es un juguete cómico mundano.

....

«La aventura del coche» resulta, más que nada, una obra simpática, En ella está el pecado; pero con un aliño tan poético — en su segundo acto —, tan inevitable, tan *chic*, tan sugestivo, tan bien perfumado, que muy pocos espectadores se sentirían libres de la tentación...

El primer acto es gracioso de situación. El segundo resulta el más interesante de la obra... Tiene sus matices sentimentales; no de ese sentimentalismo cursi, llorón, tan de moda en España, no; es un sentimentalismo sin congojas, agradable, mundano, superficial, como debiera ser la vida...

El último acto no es más que el desenlace. Tiene un momento difícil en donde puede admirarse la habilidad del comediógrafo: la conversación entre la mujer, la amante y el marido... El final es muy humano.

JOSÉ MARIA CARRETERO.

«El buen amor»

De LA MAÑANA

«El buen amor.» Con este título se estrenó anoche en el lindo teatro de la calle de San Bernardo una comedia en dos actos, original de Linares Becerra y López Orense.

La obra pertenece al género sentimental.

Con ella consiguieron anoche Linares Becerra y López Orense un éxito completo.

Al terminar el primer acto y al final de la obra tuvieron que salir a escena varias veces a recibir los aplausos del público.

En resumen: «El buen amor» es una comedia muy bien dialogada, escrita con gran conocimiento del público y del teatro, y que seguramente dará a sus autores nuevos laureles que añadir a los que ya han conquistado en estas lides.—V. DE LA P.

De EL LIBERAL

«El buen amor» es en el que se refugian los peregrinos del mundo, después de haber sufrido los rudos embates de otros amores menos puros y más tormentosos que el que nos promete la mujer amada, recordándonos el cariño maternal al ofrecernos un cariño puro e inextinguible.

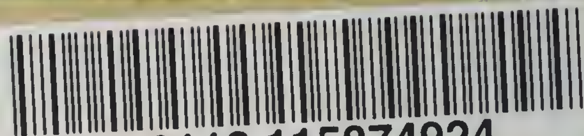
Con ese sencillo argumento, y sin recurrir a efectismos dramáticos de dudoso gusto, han escrito una linda comedia los jóvenes literatos y distinguidos periodistas Sres. Linares Becerra y López Orense.

El numeroso y distinguido público congregado anoche en la sala del teatro Álvarez Quintero sancionó con su aplauso el buen éxito de la comedia en dos actos «El buen amor», hábilmente planeada, sin que decaiga el interés ni un solo instante, y pulcramente escrita.—P.

De LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

Los Sres. Linares Becerra y López Orense han estrenado en este coliseo una linda comedia en dos actos, titulada «El buen amor».

El diálogo de esta comedia es fino, elegante, impregnado de poesía delicada, con matices filosóficos a la usanza de otros autores que gozan de gran reputación en el teatro contemporáneo, y el desarrollo de la obra interesa siempre y conmueve en algunas escenas.



El papel en que se imprime «La Novela Cómica» es fabricación especial de La Papelera Española.